

RESEÑA

LOS ABUSOS DE LA MEMORIA

Tzvetan Todorov

Barcelona: Paidós, 2000.

En todas las épocas los poderosos han tratado de reescribir la historia a su medida¹, sin embargo, al no ser regímenes totalitarios, sólo se ocupaban de “los sedimentos oficiales de la memoria, permitiendo a ésta su supervivencia bajo otras formas; por ejemplo, los relatos orales o la poesía.” (11)

Fue en el siglo XX, con el nacimiento del totalitarismo, cuando se sistematizó la apropiación de la memoria y se empezó a controlarla hasta en sus rincones más recónditos. (12)

Si bien los casos de eliminación perfecta de la historia son, por definición, imposibles de enumerar; son abundantes los casos de eliminación imperfecta. Recordemos, por ejemplo, la “guerra contra la memoria” que, según Primo Levi, el régimen nazi llevó a cabo, y cuya “solución final” Himmler caracterizó como “una página gloriosa de nuestra historia que nunca ha sido escrita y que jamás lo será”.

Precisamente porque los regímenes totalitarios fundan su poder en el control de la información, sus enemigos se esfuerzan en dar a conocer lo que éstos quieren acallar. De este modo, so-

¹ En el siglo XVI los conquistadores españoles destruyeron los vestigios de las culturas precolombinas; un siglo antes Itzcoatl ordenó acabar con las estelas y códices anteriores a su reinado; dieciocho siglos antes Shih Huang Ti mandó quemar todos aquellos libros que hablasen de monarcas precedentes.



brevivir al campo de concentración no es sólo una cuestión existencial, sino también política, ya que esa información puede ayudar a luchar contra el régimen nazi, a salvar a otras personas o a evitar que en un futuro se repita un régimen parecido. Así, gracias a que Urba y Wetzler lograron escapar de Auschwitz y pudieron informar de lo que estaba pasando allí, la deportación de los judíos de Hungría cesó. Con una intención informativa análoga, los condenados a trabajos

forzados en Siberia se cortaban un dedo y lo ataban a los troncos que enviaban flotando por el río.

Por todo ello, la memoria se ha visto revestida de tanto prestigio a ojos de los enemigos del totalitarismo y la reconstrucción del pasado ha pasado a ser concebida como un acto de oposición al poder. (14)

Sin embargo, “el aprecio por la memoria y la recriminación del olvido se han extendido estos últimos años más allá de su contexto original.” (14) Ciertamente, en nuestros días es posible hablar de un verdadero culto a la memoria, como si los europeos “estuviesen embargados por la nostalgia de un pasado que se aleja inevitablemente” y se entregasen “con fervor a ritos de conjuración con la intención de conservarlo vivo.” (49) Prueba de ello son, por ejemplo, la museificación intensiva de la realidad (museos de la crêpe, del oro, de los zapatos, de las muñecas, etc.), el “delirio conmemorativo” o los llamamientos constantes a la “vigilancia” y al “deber de guardar memoria”.

Este culto al pasado amenaza una de las principales conquistas de la era moderna: la autonomía del presente respecto a un pasado prescriptivo al que debemos someternos. Así, frente al poder subyugante de la autoridad y la tradición en la Edad Media, en la era moderna, la política sustituyó el pasado por los principios universales y la “voluntad general” constituida por el debate público y la elección de la mayoría; la ciencia rechazó como fuente de legitimidad la antigua autoridad (aunque exista una tradición científica con la que todo investigador siempre dialoga) y erigió como criterio fundamental la observación y la razón; y el arte pasó a reservar un lugar tan importante a la innovación, a la invención y a la originalidad, que en el siglo XIX surgirá la idea de vanguardia artística como movimiento que se articula en torno al futuro en vez

del pasado². Asimismo, en el ámbito existencial, a partir del Renacimiento e Ilustración se considerará que “el rasgo distintivo del género humano” reside en su “capacidad de desprenderse de la cultura de origen”. (23) Y en nuestros días, aunque ya no creamos que el espíritu del hombre sea una tabla rasa, independiente de su cultura de origen, “seguimos anteponiendo la libertad a la memoria.” (23)

¿Cuáles pueden ser las causas de este culto a la memoria? En primer lugar, el hecho de que el mundo contemporáneo evolucione “hacia una mayor homogeneidad y uniformidad”, parece perjudicar “a las identidades y pertenencias tradicionales”, lo que llevará a muchos a buscar en el pasado común una identidad, colectiva o individual, estable. En segundo lugar, ocuparnos del pasado nos permite desentendernos del presente, procurándonos además los beneficios de la buena conciencia. Ciertamente, señala Todorov, conmemorar a las víctimas del pasado es gratificador; mientras que resulta incómodo ocuparse de las de hoy en día. En tercer lugar, el nuevo culto a la memoria sirve para que “sus practicantes se aseguren algunos privilegios en el seno de la sociedad.” (53) Esto explicaría que en nuestros días, todos, individuos y colectivos, “aspiran al *estatuto* de víctima”. Al fin y al cabo, “si se consigue establecer de manera convincente que un grupo fue víctima de la injusticia en el pasado, esto le abre en el presente una línea de crédito inagotable.” (54) De ahí la desenfrenada competición para lograr la cláusula de grupo más desfavorecido.

Este culto a la memoria nos repite constantemente que el olvido nos embrutece y amenaza con llevarnos de nuevo “al reino de la barbarie.” (15) Existen, sin embargo, dos argumentos que invalidan esta oposición maniquea entre olvido

² Con todo, en nuestros días, avanza Todorov, “el viento ya no sopla a favor de las vanguardias, y se prefiere la estética llamada posmoderna, que exhibe por el contrario su conexión, a veces lúdica, con el pasado y la tradición.” (22)

y barbarie. En primer lugar, la memoria no se opone al olvido, sino que lo implica, ya que recordar es forzosamente hacer una selección que deje de lado algunos rasgos del suceso recordado. Como es imposible conservarlo todo en la memoria, recordar es decidir qué merece ser olvidado. En segundo lugar, hay usos enfermizos de la memoria (Jacques Le Goff señalará que “la conmemoración del pasado conoce un punto culminante en la Alemania nazi y la Italia fascista”) y usos saludables del olvido (en la superación de los traumas individuales o colectivos).

No se trata, claro está, de olvidarlo todo, sino de superar una concepción prescriptiva o esencialista del pasado, con el objetivo de convertirlo en un medio para un mejor presente³.

Una vez aceptado esto, cabe preguntarse si existe un criterio fiable para distinguir los buenos y los malos usos del pasado. Un primer criterio podría ser, dice Todorov, “preguntarnos por sus resultados” y preferir aquellos usos de la memoria que fomentan la paz antes que la guerra. Sin embargo, el autor preferirá un segundo criterio, consistente en distinguir entre diversas formas de reminiscencia y, fundamentalmente, entre lo que da en llamar memoria literal y memoria ejemplar. (30)

La memoria literal preserva el hecho histórico, normalmente traumático, “en su literalidad (lo que no significa su verdad), permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo.” (30) Ahora bien, señala Todorov, si bien es cierto que debemos compadecer y ayudar al individuo que no logra completar el período de duelo, merece menos consideración “el grupo que no consigue desligarse de la conmemoración obsesiva del pasado”, ya que lo más probable es que esté utilizándolo para reprimir el presente, convertirse en un inocente absoluto y

defender sus intereses políticos y económicos. Todos tienen derecho a recuperar su pasado, mas no a erigir un culto a la memoria por la memoria.

La memoria ejemplar, en cambio, sin negar la propia singularidad del suceso histórico en cuestión, lo utiliza como una manifestación entre otras de una categoría más general, y se sirve de él como modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes. Con la memoria ejemplar, el recuerdo se abre a la analogía y a la generalización y se convierte en un *exemplum* del que podemos extraer una lección. De este modo, “el pasado se convierte en principio de acción para el presente.” (31)

A pesar de que la memoria ejemplar es potencialmente liberadora, muchos la rechazan argumentando que un suceso como el Holocausto, por ejemplo, “es absolutamente singular, perfectamente único” y consideran que todos los que intentan compararlo con otros sucesos buscan “profanarlo” o “atenuar su gravedad.” (34) Sin embargo, considerar que ésta es y debe ser una experiencia “inefable e irrepresentable, incomprendible e incognoscible, por ser sagrada” (35) es respetable en el discurso individual, pero no en el discurso público, porque la convierte en una experiencia “ajena al debate racional.” (37) Ciertamente, resulta absurdo afirmar que el pasado debe servirnos de lección y sostener, al mismo tiempo, que ciertos sucesos históricos son incomparables con cualquier otro suceso pasado, presente o futuro.

Para acabar, Todorov enumera algunos casos de memoria ejemplar. Así, David Rousset, superviviente de Buchenwald, que en 1949 llamó a los antiguos deportados de los campos nazis para que investigasen los campos soviéticos, todavía en actividad, razón por la cual sería duramente atacado por la prensa comunista, llegándosele, incluso, a abrir un proceso por difamación. A pesar del acoso, Rousset dedicó muchos años a luchar contra los campos de concentración comunistas. Habiéndose podido inclinar por la

³ Esto no quiere decir, claro está, “que el individuo pueda llegar a ser completamente independiente de su pasado y disponer de éste a su antojo, con toda libertad.” (25)

memoria literal y haberse pasado “el resto de su vida sumergiéndose en su pasado”, Rousset se inclinó por la memoria ejemplar y escogió “utilizar la lección del pasado para actuar en el presente, dentro de una situación en la que él no es actor, y que no conoce más que por analogía o desde el exterior.” (43) Para ello debió aceptar la comparación entre los campos nazis y los campos soviéticos. Aun sabiendo que hay diferencias (en la URSS no hubo campos de exterminio), prefirió fijarse en los elementos comunes en aras de extraer una lección⁴.

Vassily Grossman, cuya madre murió a manos de los *Einsatzkommandos*, que conoció Treblinka, y aun así optará, en *Vida y destino*, por comparar el sistema concentracionario nazi y soviético para, años más tarde, implicarse también en el genocidio armenio.

Paul Teitgen, deportado de Dachau, torturado por la Gestapo, que dimitirá, en 1957, de su puesto de secretario de la prefectura de Argel por la semejanza de las señales de tortura que observaba en el cuerpo de los prisioneros argelinos y las de las torturas que él mismo sufrió a manos de la Gestapo.

André Schwarz-Bart, autor de *Le dernier de justes*, cuya condición de judío y perseguido le llevó a interesarse por el mundo de los esclavos negros.

Parece, pues, que si tenemos que conservar viva la memoria del pasado no es para pedir una reparación por el daño sufrido, sino para estar alerta frente a situaciones nuevas y sin embargo análogas. De este modo, lejos de seguir siendo prisioneros del pasado, pondremos el pasado al servicio del presente y la memoria al servicio de la justicia.

BERNAT CASTANY PRADO

Universitat de Barcelona (España)

⁴ Ciertamente, advierte Todorov, existe “el peligro para la memoria ejemplar de quedar diluida en la analogía universal” y asimilar Auschwitz al “universal lamento secular de los pueblos.” (44) Sin embargo, “la memoria ejemplar generaliza pero de manera limitada: no hace desaparecer la identidad de los hechos, solamente los relaciona entre sí.” (45)